

Inicio Primera Parte

Una Obertura — Antes de la Música

Los Tres Guardianes, los Teatros y el Nacimiento de una Historia

♩ Primer movimiento — En un teatro antes de la música

La sala aún no estaba llena.

En los teatros existe una hora particular, casi secreta, que precede al comienzo de la música. Es un instante suspendido entre la expectativa y el silencio, cuando el público todavía no ha ocupado todas las butacas y el aire parece contener una respiración colectiva que aún no se ha liberado.

Poco a poco las puertas se abren. Los pasos comienzan a resonar suavemente en los pasillos y algunas voces se mezclan con el leve crujir de la madera antigua.

Las luces se encienden con una calma deliberada, como si el propio teatro despertara lentamente de un sueño. Los grandes candelabros proyectan una luz dorada sobre la sala, reflejándose en los balcones, en los terciopelos gastados por el tiempo y en las molduras que han contemplado generaciones enteras de oyentes.

Sus cristales han reflejado durante décadas —a veces durante siglos— los rostros expectantes de quienes llegaron allí buscando algo que solo la música puede ofrecer.

El escenario permanece todavía inmóvil.

Los atriles esperan en silencio, alineados como si guardaran una historia que aún no ha sido pronunciada. Los instrumentos reposan en una calma tensa, a la espera de la primera vibración. El telón cerrado parece sostener un misterio antiguo, como si cada concierto fuera también la repetición de un rito que ha ocurrido innumerables veces a lo largo del tiempo.

Las paredes, cubiertas de molduras y terciopelos, conservan una memoria silenciosa. Por esos mismos pasillos caminaron compositores, directores, músicos, poetas y soñadores que alguna vez trajeron hasta ese escenario el latido de sus ideas.

Sus pasos ya no se escuchan, pero algo de su presencia permanece adherido a la madera del suelo, a las barandas gastadas por el roce de innumerables manos, a los viejos telones que han visto abrirse y cerrarse incontables noches de música.

Y, sin embargo, aunque cada sala posee su carácter particular, hay algo que todas comparten.

Puede ocurrir en el Musikverein de Viena, en el Teatro alla Scala de Milán, bajo los dorados del Palais Garnier de París, en el Bolshói de Moscú, en el Royal Opera House de Londres o en el Teatro Colón de Buenos Aires.

También puede suceder, en otro lugar del mundo, en el Auditorio León de Greiff de Bogotá, donde durante décadas la música ha resonado entre generaciones de estudiantes, maestros y oyentes atentos. O en el Teatro Mayor Julio Mario Santo Domingo, cuya arquitectura moderna guarda ya innumerables noches en las que una orquesta ha llenado el aire con ese primer sonido que transforma el silencio en emoción compartida.

Los nombres de los teatros podrán cambiar.

Las ciudades también.

Y los siglos, inevitablemente, pasarán.

Pero ese instante previo seguirá siendo siempre el mismo: el momento en que el teatro entero parece contener el aliento antes de que la música comience.

El murmullo de la sala comienza a apagarse lentamente.

Los últimos espectadores toman asiento mientras algunos músicos cruzan el escenario con sus instrumentos bajo el brazo. Desde el escenario —o desde el foso de la orquesta— surgen los primeros sonidos dispersos de afinación: cuerdas que buscan su tensión exacta, un oboe sosteniendo una nota clara, algunas escalas que ascienden y descienden como pequeñas columnas de aire.

El teatro entero parece acomodarse para el instante que está a punto de llegar.

Las conversaciones que unos minutos antes llenaban el aire se reducen ahora a un murmullo leve, como una corriente que se retira lentamente antes de que algo mayor ocurra.

En la tercera fila, un hombre inclina la cabeza hacia su acompañante.

—Dicen que esta sinfonía comienza casi en silencio —susurra—. Como si la música tuviera que despertar primero.

Un poco más atrás, una niña observa con atención el escenario.

—¿Por qué todos afinan al mismo tiempo?

Su madre sonríe.

—Para recordar que son una familia y están juntos.

En el escenario, los músicos se mueven con una calma concentrada. Un violinista gira suavemente la clavija de su instrumento y prueba una nota que apenas roza el aire. El oboe sostiene un sonido largo y claro, una especie de faro invisible alrededor del cual las cuerdas ajustan su afinación.

El fagotista revisa por última vez la caña de su instrumento. El trompista respira profundo y deja que el aire salga lentamente, como quien prepara el cuerpo para una carrera que comenzará en cualquier momento.

Cada gesto es pequeño.

Pero todos saben que en unos segundos el silencio dejará de ser silencio.

Entonces aparece el director.

No entra con solemnidad exagerada ni con teatralidad innecesaria. Camina hacia el podio con la naturalidad de quien repite un gesto aprendido durante toda una vida.

Algunos espectadores aplauden suavemente.

Desde su lugar, el director observa la sala apenas un instante.

Durante años ha vivido este momento innumerables veces: Viena, Berlín, Buenos Aires, París, Tokio... cada teatro distinto, cada público nuevo, pero siempre el mismo instante previo donde todo depende de un gesto mínimo.

Mientras sube al podio, un pensamiento breve atraviesa su mente:

Que la música encuentre hoy su propio camino.

Se vuelve hacia la orquesta.

Los músicos lo observan ahora con una atención distinta. Las últimas afinaciones desaparecen. Los arcos se elevan lentamente. Las manos descansan sobre las llaves de los instrumentos.

El director abre la partitura.

Las partituras contienen siglos de historia, pero también algo más: la posibilidad de que, por unos minutos, un puñado de sonidos logre reunir a cientos de personas en una misma emoción.

Levanta la batuta.

En los palcos laterales, Seraphin Morel inclina apenas la cabeza.

A su lado, Aelius observa el escenario con la serenidad de quien reconoce un gesto que ha visto repetirse durante siglos.

—Siempre me sorprende —murmura Seraphin— cómo el mundo puede quedarse suspendido por algo tan pequeño.

Aurelia sonríe.

—No es la batuta —dice con suavidad—. Es lo que todos esperan que ocurra después del primer acorde.

La sala entera contiene el aliento.

Durante un segundo que parece extenderse más de lo habitual, el tiempo queda suspendido entre el silencio y la música.

Entonces la batuta desciende.

Y el sonido nace.

No es una melodía amable ni una introducción ceremonial.

Es un murmullo oscuro que comienza a levantarse desde los contrabajos, como si algo antiguo despertara lentamente bajo la superficie de la noche.

Una mujer en un palco se inclina hacia su acompañante.

—Es extraño... siento como si algo estuviera ocurriendo en la oscuridad.

El hombre asiente.

—Es *Una noche en el Monte Calvo*. Nada en esa música duerme demasiado tiempo.

Los violines irrumpen como un viento repentino. Las trompas anuncian una llamada lejana y la orquesta comienza a agitarse como si estuviera narrando una historia que nadie ve todavía, pero muchos empiezan a presentir.

En la platea, una joven estudiante de música pregunta en voz baja:

—¿Quién compuso esto?

Un anciano responde con calma:

—Músorgski. Un ruso que veía demasiado.

—¿Veía?

El anciano sonrío.

—Algunos compositores escuchan la música. Otros... parecen verla.

En el escenario, el director piensa:

Esta música no describe la noche.

La invoca.

Los timbales resuenan con fuerza. Los metales lanzan un acorde que atraviesa la sala como un relámpago.

Y en la imaginación del público algo comienza a tomar forma.

Un bosque oscuro. Una colina. Una reunión imposible.

Muchos espectadores habían leído —con curiosidad— días antes un relato que el teatro publicó en su página web.

Un relato que hablaba de una montaña.

De una noche.

De una reunión salvaje bajo la luna.

Ahora esas imágenes regresan.

No como palabras.

Sino como visiones.

—No es solo la música —dice Aurelia—. Es la historia que alguien ha dejado abierta en la partitura.

Seraphin la mira con curiosidad. —¿El compositor?

Aurelia niega suavemente. —No.

Hace una pausa. —Un escritor.

Mientras la orquesta avanza hacia el corazón de la obra, el público reconoce en los sonidos aquello que ya había imaginado.

Las cuerdas giran con violencia.

Los trombones anuncian una presencia que parece elevarse desde la montaña.

Un niño susurra a su padre:

—Papá... ¿por qué parece que la música está contando una historia?

El hombre sonríe. —Porque alguien nos enseñó a verla antes de escucharla.

Aelius contempla el escenario. —Las mejores historias no explican la música.

Aurelia concluye: —La despiertan.

Y en algún lugar del teatro, invisible entre los espectadores, el escritor que imaginó aquel relato observa en silencio lo que acaba de ocurrir.

Porque sabe algo que el público apenas empieza a descubrir:

que algunas partituras no solo se escuchan, sino que se abren como puertas.

Cuando el último acorde se disuelva en el silencio, algunos abandonarán el teatro hablando de la fuerza de la orquesta o de la intensidad de la música de Músorgski.

Pero otros llevarán consigo algo distinto.

Recordarán también la historia de una montaña, de una noche antigua suspendida sobre la cima, y de las sombras que parecían girar bajo la luna como si respondieran a un llamado que solo la música podía despertar.

Tal vez, al salir del teatro, algunos aún intenten explicarlo con palabras.

Pero otros comprenderán algo distinto, algo que quizá nunca habían pensado antes:

que escuchar una obra sinfónica no es únicamente oír una sucesión de sonidos.

Es también atravesar un relato, entrar en un paisaje invisible, y caminar por él mientras la música lo ilumina.

Y así, casi sin proponérselo, nace un lugar donde esas puertas pueden abrirse una y otra vez.

Un lugar donde cada sinfonía, cada poema sinfónico y cada partitura pueden convertirse en un paisaje, un mito o una visión compartida.

Ese lugar tiene ahora un nombre.

Umbrales Sonoros.

Y todo viaje —incluso el más inesperado— podría comenzar siempre de la misma manera:

con una historia... y con el instante en que alguien decide escucharla.

Fin Primera Parte

Este relato forma parte del proyecto **Umbrales Sonoros**.

Explora otras obras y paquetes narrativos en:

www.umbrales-sonoros.com